
Cuerpo de mujer

Nelly Schnaith

Kundera dice: "Me horroriza escuchar el latido de mi corazón, que me recuerda continuamente que el tiempo de mi vida está contado". Cuando los hombres auscultan sin temores el tris femenino de su sensibilidad aciertan a vivir con las entrañas la fuga del instante: atienden entonces a la noble víscera para oír entonar, en su propio cuerpo, la cuenta/canto del tiempo.

Otra es la experiencia de la mujer: cada desliz de arena, cada vuelta al cuadrante, cada giro de la esfera, cada tic-tac no es sino un artificio metafórico de su particular cronómetro biológico cuyo ritmo natural sólo pudo hallar parangón adecuado en el régimen astral de las mutaciones lunares. Después de ciento veinte lunas sabe concebir; en nueve lunas da a luz, pasadas seiscientas llega a un fin que empieza a incubar otro y, en el interregno, sigue el compás de ciclos tan regulares como sincopadas pueden ser sus fases por los sucesos de la vida. El caudal de las horas, los meses y los años trae los accidentes de una parábola regulada de antemano. El cuerpo femenino se modula sobre el canon del tiempo.

Un tiempo que irrumpe con el primer menstruó, pauta cursos y transcurros, acuna, expectante, durante el embarazo y emplaza, inexorable, a partir de la menopausia. El ritmo del corazón es uniforme, el de los plazos femeninos, en cambio, se mide con acentos discontinuos que van del "desde ahora" hasta el "ya no más" y que pasaban, antes de la píldora, por el largo trecho de los períodos "permitidos" o "no permitidos" según que el permiso lo dictase la naturaleza, el deseo o la conveniencia.

Dicen las estadísticas que el corazón de las mujeres es más resistente que el de los varones, no sólo, creo, porque hasta ahora hayan padecido menos las presiones e intrigas del mundo extradoméstico, sino también porque su isocronismo cardiaco se conjuga, desde temprano,

con escansiones biológicas mucho más complejas y de insospechadas consecuencias psíquicas.

¿Es exagerado afirmar que el cuerpo femenino sabe de metafísica? Familiarizarse con el recuento del tiempo, acatar una duración que se inscribe en otra, la de la propia esencia transitoria; sustentar un ciclo en medio de la sustancia cíclica de la vida: saber de un comienzo y un fin dentro del gran plazo fijado por unos límites mayores, entre el nacimiento y la muerte, es una condición que encuentra sus armónicos en razones que están más allá de la razón física o natural. Un cuerpo co-ordenado por los ejes del tiempo intima con ciertas claves insondables y aprende mejor los límites de toda respuesta y la fragilidad de toda explicación. En parte, esto ha sido glosado por la cultura masculina en torno al tema del enigma femenino. Es probable que lo enigmático de la mujer para el hombre resida más en su relación carnal con ciertos misterios que la trascienden que en el secreto de su propia naturaleza.

La naturaleza ha sido el predio simbólico reservado tradicionalmente a la mujer. La cultura, que es dominio y distanciamiento de la naturaleza, quedó supuestamente a cargo del varón. Su impulso civilizatorio consistió en poner el mundo del trabajo, de la organización social y del poder al abrigo de las perturbaciones interpuestas por dos resabios animales irreductibles: la sexualidad y la muerte, los dos grandes fueros, a la vez, del tabú y de la fiesta.

Hoy estamos muy lejos de la naturaleza y esa animalidad perdura en nosotros como un origen irrebalsable pero lejano. El ser orgánico de la mujer, sin embargo, refrenda aquella condición natural, sigue siendo memoria y expectación viviente de la sexualidad y de la muerte y en eso mismo dotado para la vida. Un territorio, irredento para la cultura, donde rige el tiempo de las estaciones y las lunas. Las derivaciones simbólicas de ese ritmo y de su interrupción son incalculables. La feminidad es carne de metáforas. Más aún: la mujer debe erigirse en soporte anímico de su propia metaforicidad. Quizás por ello casi todas las oscilaciones que alteran la censura regular de sus ciclos orgánicos denuncian algún roce del alma.

El alma femenina. Una realidad harto esquiva como cabe al ánima de todas las criaturas derivadas. La menguada sustancia de la costilla de Adán se compensó con una profusa mitología creída y sostenida, en buena parte, por la mujer misma. Desde la santificación de la maternidad hasta la amenazante voracidad de la *vagina dentata*, el espectro

abarca todos los mitemas imaginables. Pero hoy corren otros vientos: los sismos culturales y científicos de este siglo anuncian una nueva experiencia de la condición femenina. Es posible que esos mitos cambien de acento a medida que se abre el espacio social de la mujer y al paso que la ciencia conmueve las bases del ejercicio milenario de sus funciones biológicas. Pero los cambios han de esperarse en la conciencia misma de la femineidad que se debate en paradojas y ambivalencias tan prometedoras como riesgosas, las de un alma insurrecta arraigada en un cuerpo/tiempo cuyos ritmos ancestrales se vuelven cada vez más manipulables por los milagros ambiguos de la biogenética. La conmoción es grande, tanto, que, al hilo de las realidades, afectará seguramente el hontanar secreto de las fantasías.

Las fantasías sobre el cuerpo interior, las más íntimas o genéricas, han envuelto desde siempre en deleites y tinieblas las vivencias corporales y se han filtrado en el juego de espejos de la presencia exterior; así también nos habitan retrospecciones filogenéticas, fantasmas arcaicos, imágenes supérstites que han convivido con prefiguraciones, redentoras o apocalípticas, del destino del cuerpo después de la muerte o de su posible evolución en la odisea de la especie. Pero hoy *percibimos*, literalmente, ese cuerpo arcano que antes fantaseábamos, se deciden procesos biológicos que ayer estaban en manos de Dios o del destino, se conocen de antemano resultados que sólo desvelaban su incógnita después de una maduración orgánica silenciosa. Nos vemos por adentro y nos prevemos a voluntad. Nuestro cuerpo ya no es “ese objeto cerrado, ese vaso sellado en el cual se elabora en secreto la conservación de la vida”.

Pero lo más extraño y sorprendente es que la nueva percepción evoca antiquísimas alucinaciones. Vemos transitar por las pantallas nuestro propio paisaje interior: una aglomeración de masas, sombras y pulsaciones, unos ríos de líquidos ígneos o acristalados que en nada desdican la imaginaria demiúrgica de las primeras cosmogonías. La visión de los microcosmos reales se corresponde con las representaciones de los macrocosmos fabulados. Las imágenes del *arché* se solapan en un perfil ambiguo –iqué desasosiego!– con otras que nos viven al encuentro desde un *telos* previsto por la ficción y por la ciencia y representado a saciedad por el cine y la televisión. La iconografía de los futurólogos que trazan perfiles humanos con medios técnicos ultrarrefinados parece encajar, más de una vez, en la horma arcaica de los remedos prehistóricos.

Las figuras imaginarias de nuestros apocalipsis parecen rizar el rizo de las que imaginamos poblando, *ab ovo*, nuestros génesis.

El cuerpo, gran pantalla del alma, se diluye hoy —o se constituye— en las múltiples pantallas exteriores que lo arrancan de su intimidad y lo alienan de su totalidad: fragmentado, obscenamente expuesto, inquietantemente proyectado y, en buena medida, comprendido o preservado. Si a ello se agrega la posibilidad de explorar el oscuro continente de sus avatares genéticos y sobre todo la de programarlos e intervenir en sus azares y sus leyes, no es difícil predecir los alcances incalculables de tales conocimientos y prácticas en el imaginario colectivo. Ni el cuerpo ni la experiencia de nuestra condición corpórea y sexuada serán lo que eran. La remoción de los esquemas afecta tanto a la realidad fisiológica como a los espacios imaginarios de lo corporal.

¿Se anulará algún día la vigencia inconsciente e inmemorable de tantos mitos milenarios? La constitución azarosa de la identidad de los géneros ha encontrado un sustento cultural inveterado en la energía plasmadora de ciertas representaciones y relatos de alcance universal. Esas figuras mitificaron los momentos cruciales, socialmente consagrados, del periplo vital: la iniciación y la declinación sexual; la virginidad y su pérdida, la fertilidad y la esterilidad, el otoño menopáusico y la impotencia, en suma, la vida y la muerte mediados por el eros. "*Le corps, l'amour, la mort, ces trois ne font qu'un.*" Creando esos mitos primigenios el espíritu halló una salida para la angustia de sus incógnitas, un espacio de placer para el florecimiento de su poesía y, a la par, levantó una reja que habría de estorbar el paso al libre ejercicio de su pensar y hacer. El trabajo de la historia y la ciencia ha ido limando —no sin peligros— las barras carcelarias de muchos mitos. ¿Acaso llegará el proyecto ilustrado del conocimiento a abolir la dimensión misma de lo mítico? No está claro, a menos que logre asegurarnos la inmortalidad. Cabe sospechar, en cambio, que la ciencia ofrece ya la materia de que se nutrirán los mitos del futuro. La ambigüedad interpelante de sus imágenes es un asidero bastante incierto como para dar alas al albedrío de los símbolos y alimentar así la demanda insaciable del más humano de los instintos: el instinto de metáfora.